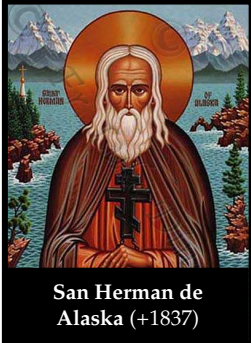




Mensaje Pastoral por el inicio de la Gran Cuaresma del año 2009

Los atletas del amor

“Amarás al Señor... Amarás al prójimo” (Mateo 21, 37; 39)



A veces, se piensa sobre la gran cuaresma que ésta consiste en cumplir con ciertos deberes u obligaciones. En realidad, éste es un período de preparación espiritual en vistas de la participación en la Semana Santa y la Pascua, acompañando al Señor, amante de la humanidad. Por ello, la gran cuaresma parece ser el predio de preparación de los atletas del amor, quienes acompañarán al Novio subiendo a Jerusalén para ofrecerse en oblación en rescate para toda la humanidad.

El uso de la metáfora de los atletas conviene para revelar el sentido profundo de este período. En el mundo del deporte, se observa que los atletas que quieren participar de una competencia importante, tienen un régimen de preparación muy estricto. Además de los entrenamientos cotidianos, se halla reglamentado el uso del tiempo, sus actividades, su comida, etc., es decir se toman medidas que abarcan todos los aspectos de su vida, aún más lo que no tiene relación directa con el deporte que practican.

Así, los que acompañan al Novio deben ser atletas entrenados a la imagen de su Maestro, o sea atletas del amor. Es la perspectiva por la cual el Señor resumió todas las Escrituras: *“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. (...) Amarás al prójimo como a ti mismo” (Mateo 21, 37; 39)*. Como el amor no tiene límites, vivir la gran cuaresma en un sentido de deberes u obligaciones priva estos atletas de la dimensión verdadera de su emprendimiento.

Trasladar esta perspectiva a la realidad que estos atletas desean transformar, significa un ejercicio del amor que abarca a todo: a la relación con Dios, con el prójimo, con uno mismo, con la creación y el entorno físico. Es la recuperación y el restablecimiento del orden originario de comunión, de armonía y de hermandad, de plenitud, de gestión y de manejo, etc.

El amor a Dios se expresa por el agradecimiento y por el debido respeto al Creador, o sea la obediencia a Sus mandamientos. El ayuno restablece la prioridad absoluta de que hacia el Dador se debe focalizar toda nuestra atención no hacia Sus dones, ya que hemos revertido este orden, olvidándonos siempre de Él. *“Buscad, primero, el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura” (Mateo 6, 33)*. A los marineros que fueron a visitarle en la isla donde vivía en Alaska, y que afirmaban amar a Dios, San Herman de Alaska (+1837) les confesó: *“Soy un pecador que está hasta ahora intentando, desde hace más de cuarenta años, amar a Dios, y no puedo decir que Lo amo totalmente”*, y empezó a demostrarles la manera en que debemos amar a Dios: *“Si amamos a alguien, lo recordamos pues siempre e intentamos complacerlo. Día y noche estamos ocupados con él. ¿De esta manera aman a Dios? ¿Siempre vuelven a Él? ¿Siempre Le rezan y cumplen con Sus mandamientos?”*. Ante la respuesta negativa de los marineros, les sugirió San Herman: *“Prometamos pues desde este minuto de intentar amar a Dios más que todo. Amemos a Dios cada día, cada hora, cada minuto”*.

El amor al prójimo se entiende de dos formas: como reconciliación y como compasión. En efecto, la mayor expresión de amor es poder perdonar al prójimo. Por ello, un anciano recomienda a su hermano: *“Perdonar a tu prójimo quien te ha dañado antes que él venga a pedir perdón”*, confirmando la palabra del Señor: *“Si vas a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda”* (Mateo 5, 23-24). Por otra parte, la caridad es la expresión tangible de la compasión, sea espiritual o material, sin importar el valor del aporte en sí, sino la intención que lo incentiva. En efecto, se cuenta que un mendigo de Calcuta en India se acercó a la Madre Teresa (+1997) para darle lo que pudo mendigar ese día, veintinueve centavos en total, monto que no llega a satisfacer el hambre de una persona. La Madre Teresa no supo qué hacer; no aceptar la ofrenda es ofender a la persona, mientras que aceptarla significa que el hombre se quedaría con hambre ya que el monto de la ofrenda era insignificante para aliviar a otra persona. Su dilema culminó al ofrecerle su mano para recibir el dinero. ¡Cuán grande fue la alegría del mendigo! Como si fuera el hombre más rico del mundo. ¿Quién, pues, puede argumentar que no tiene para dar, que no puede dar, que no hay que dar, si este mendigo se quedó con hambre para aliviar a otro hambriento?

El amor a uno mismo se entiende mejor en la perspectiva de crecer en el amor del bien y su ejercicio. Este emprendimiento se puede ilustrar por la parábola de los dos lobos. En efecto, una noche, un abuelo habló a su nieto acerca de una batalla que tiene lugar en el interior de la gente. Él dijo: *“Hijo mío, la batalla entre dos lobos está dentro nuestro. Uno es malvado. Es egoísmo, cólera, envidia, celos, dolor, pesar, avaricia, arrogancia, culpabilidad, resentimiento, inferioridad, mentiras, orgullo falso y superioridad. El otro es el bien. Es alegría, paz, amor, esperanza, serenidad, humildad, amabilidad, benevolencia, generosidad, verdad, compasión y fe”*. El nieto pensó por unos minutos acerca de las palabras de su abuelo y luego le preguntó: *“¿Cual de los dos lobos gana?”*. El abuelo le contestó: *“El que alimentas”*.

El amor a la creación es un tema prioritario de máxima actualidad, por el consumo ilimitado, la manipulación irracional y la explotación feroz de los recursos físicos del planeta, además de la alteración irreversible del ecosistema. El ayuno restringe este apetito autodestructivo y desarrolla una actitud sana con respecto a nuestro entorno físico, por un manejo sabio y una planificación desinteresada en la utilización racional de los mismos.

Ahora bien, quien se considera santo y se encuentra fuera de esta perspectiva, por lo menos puede ayunar y orar a favor de todos nosotros que sufrimos carencias en tantos sentidos; tal ofrenda es muy grata ante Dios, Quien escucha nuestras súplicas a través la voz de nuestra alma y de nuestro cuerpo. En cambio, quien ayuda a caminar en la senda descrita anteriormente, ya puede ensayar con los demás atletas del amor. Así, podemos recorrer el estadio de la gran cuaresma, todos juntos, pecadores y eventualmente santos, hasta encontrar la Resurrección con el corazón lleno de amor.

Que así sea.

+ Siluan

Arzobispo Metropolitano
De Buenos Aires y Toda Argentina